

vo que mantenerse encerrado en su casa oficial, custodiada á todas horas por centenares de policías que la cercaban, y por un regimiento de tropas federales, guardando las puertas y las azoteas, para impedir que el pueblo, en un arranque de mal humor, colgase de los balcones al último vástago de la dinastía de los *carpet-vags* (sacos de viaje).

“Era espectáculo digno de verse la multitud desarrapada y hambrienta, compuesta de empleados y de pretendientes de empleos, que como abejas en derredor del panal, circulaban por las calles adyacentes al *palacio* de Packard. En su mayor parte, los amigos de éste eran negros, en cuyo semblante se veía el sello de la estupidez, de la miseria, de la tristeza y de algo como la conciencia de que la causa de su jefe estaba perdida.

“Lo contrario acontecía respecto de Nicholls: lo más florido y granado de la sociedad neorlina formaba su apoyo; y una guardia nacional de más de 30,000 hombres, enteramente voluntarios, se organizó para sostenerle, costeando ellos de su peculio sus armas, equipo, etc.

“Todas las contribuciones eran enteradas en la tesorería establecida por Nicholls; y para que funcionase su gobierno con perfecta regularidad, solo le faltaba en un principio la mayoría de la legislatura, que como resto de la administración anterior, reconocía la *legalidad* de Packard; pero al último, varios miembros de ese cuerpo abandonaron sus filas, pasándose con todo y bagajes al enemigo, en medio de la rechifla de unos y otros.

“Tan solamente el habitual amor á la paz, que en los Estados-Unidos se estima como la base primera é indispensable del bienestar de todos y cada uno de los individuos,

inclusive los *politicians* (políticos ó *politicastrós*); y tan solamente la esperanza de que, llegando á preponderar en Washington los demócratas, se reconocieran y respetaran, al fin, los derechos del pueblo de la Luisiana, pudieron salvar entónces á Orleans de un sangriento choque, en el cual, á no dudarlo, la tropa federal habría sido aniquilada en unas cuantas horas.

“Los discursos pronunciados en los *meetings* que se reunían al aire libre, los razonamientos de la prensa y los medios de representación legítima, fueron las únicas armas esgrimidas contra el poder usurpador. Ni un solo *muerta*, ni un insulto, ni el más pequeño desorden se mezclaban á aquellas imponentes manifestaciones, que concluían, casi siempre, por la adopción de medidas pacíficas en pró de los ultrajados fueros de la libertad y de la justicia.

“Los artesanos, los banqueros y los comerciantes se reunían por gremios, para formular protestas contra la suplantación del sufragio popular, elevadas á los poderes de la Union, en términos enérgicos al par que decorosos. Y en todos esos documentos, una cosa nada más se solicitaba del Ejecutivo federal: que hiciera salir su fuerza de Orleans; que dejara al pueblo en libertad para resolver la cuestión por sus propios medios.

“Veamos, entretanto, lo que ocurría en Washington. Se hace el escrutinio de votos para presidente de la república; y en los expedientes electorales forjados por las autoridades de la Luisiana y de la Carolina del Sur, aparece la candidatura de Hayes favorecida por un gran número de sufragios, mientras que los expedientes verdaderos de los mismos Estados, arrojan una gran mayoría en favor de Tilden. No es

posible computar unos y otros en el escrutinio: hay que decidir previamente cuáles son los legítimos; y siendo este el primer caso de esa naturaleza, y no estando prevista la dificultad ni por la constitucion ni por los estatutos electorales, la cámara se resuelve á crear un recurso *ad hoc*, un recurso extraño á las leyes y prácticas de la república: una comision de arbitraje, compuesta de quince individuos, siete de ellos caracterizados como pertenecientes al partido demócrata, y los otros siete como republicanos, y el décimoquinto como merecedor de la confianza de ambos partidos. Este último fué llamado por la prensa festiva, *el fabricante de presidentes (Presidents-macker)*.

“Con solo desechar los votos que suplantó Packard en favor de Hayes, la eleccion de éste naufraga; triunfa Tilden, y con él los demócratas, y con los demócratas el Sur. Pero por el voto del décimoquinto miembro de la comision árbitra, se declaran legítimos esos votos y los que remitió el círculo republicano de la Carolina. Un hombre decide así de los destinos de los Estados-Unidos, sin que tenga para ello facultades constitucionales; y sin embargo, los vencidos se someten, y el pueblo americano entero reconoce la autoridad del electo, sin perjuicio de que algunos oradores de club se enfurezcan y se desgañiten, y de que algunos periódicos graben el retrato de Hayes á la cabeza de su primer columna, con la palabra *fraude* escrita sobre la frente.

“¿Puede darse mejor bandera para una revolucion? Sin duda que no; y á pesar de esto, el derecho, la conciencia de la mayoría de los votantes y las instituciones mismas, son sacrificadas temporalmente en aras de la paz. Se ha preferido que este paréntesis en la tradicion constitucional, lo lle-

ne el fraude y no la sangre. Pero el partido demócrata llegó ya hasta las gradas del Capitolio, y allí se sienta tranquilo á esperar por cuatro años la hora de subir á la cúspide, y clavar en ella su enseña victoriosa. . . .

“En último análisis, Packard ha hecho presidente á Hayes. ¿Qué debe esperarse? Una proteccion decidida é ilimitada de éste para aquel, puesto que los une el doble lazo de la comunion política y de la igualdad de *titulos legales*. Es el contrato *aleatorio* que con frecuencia hemos visto celebrarse y cumplirse entre los gobernadores de nuestros Estados y el presidente: “*te enviaremos todos los sufragios que necesites, y enviaremos tambien á las cámaras una recua de diputados mansos; pero en cambio préstanos tus bayonetas para sostenernos.*”

“Y no obstante, el pueblo de la Luisiana continúa esperando é insistiendo en que se retire la fuerza federal, hasta que un dia lo logra; y tras del último soldado de la Federacion que sale de Orleans, marcha Packard, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y con su *saco de viaje* vacio aquella poblacion tan circunspecta durante la lucha como despues del triunfo, aguarda generosa hasta que deje de oirse el ruido de los tambores y pífanos de los regimientos que se alejan, para entregarse en brazos de la libertad, á todas las expansiones de un noble orgullo y de un inmenso júbilo!

“Tal fué el término de aquel conflicto. Los republicanos, en su despecho, acusaron á Hayes de ingrato. No sé hasta dónde pueda ser justo este cargo; pero debe decirse en obsequio de la verdad, que la situacion era ya insostenible, y que el presidente no podia, sin exponerse á perder su puesto,

continuar manteniendo á Packard en el suyo. Más aún; á aquel le ha sido preciso, para ganarse la mayoría parlamentaria, ó neutralizar por lo ménos su hostilidad, adoptar un sistema de transacciones con el partido demócrata, segun lo he dicho ya, y el cual no se reduce solo á abrir camino en la administracion federal á algunas de las aspiraciones de ese partido, y á modificar sus relaciones entre los poderes generales y los Estados del Sur, sino que afecta tambien á la política exterior."

Solia interrumpir la monotonía de nuestra vida en la casa de Mad. Belloc, la llegada de viajeros, algunos de ellos mexicanos, y las visitas de nuestros amigos.

Entre los primeros, nos fué muy agradable la permanencia en nuestra morada de Enrique Mejía, caballeroso y servicial como todos le conocen, y su señora, americana, hija de una distinguida familia, y que tiene por México verdadera pasion.

Dos de las Sritas. Juarez y Benito, se alojaron en nuestro *Bording*, y yo tuve las satisfacciones consiguientes al trato de personas cuyas virtudes y finura he admirado siempre, y á quienes amo tiernamente por verlas dignas de su heróico padre.

Entre las visitas nos favoreció Jorge la Serna, hombre á quien sus padecimientos tenian en grande extremo de prostracion; pero conservando entre las ruinas de su salud el tipo generoso, simpático é inteligentísimo, á quien habia visto en mis tempranos años como gala y ornamento de la buena sociedad veracruzana.

Una noche me presentó Joaquin Alcalde, que era incan-

sable en bondades para conmigo, á un caballero jóven y garrido, pero taciturno y de palabra breve y apasionada.

El Sr. G***, rico negociante español establecido en las cercanías de Orleans, habia presenciado el terrible incendio de Southern-Hotel, en San Luis Missouri, acaecido el 11 de Abril, y que tenia consternada á toda la Luisiana.

El Southern-Hotel es el mismo en que estuvimos á nuestro paso por Missouri, y ya recordarán nuestros lectores sus seis pisos, sus salones régios, el pavimento de mármol, la techumbre y cúpula de cristales de su patio, y el conjunto que justificaba su costo de un millon quinientos mil pesos, inclusive doscientos mil pesos, precio de los muebles.

Alcalde quiso que un testigo presencial me refiriese aquella catástrofe, por ser algo de característicos los grandes incendios en los Estados-Unidos.

Endilgando Alcalde con la mayor habilidad la conversacion, logró que M. G*** nos refiriese el incendio del hotel, en los siguientes términos:

"Serian las dos de la mañana cuando el incendio estalló: hizo una erupcion en los pisos interiores y bodegas, y subió en columna irresistible al techo, desprendiéndose de ella corrientes de llama que invadieron corredores y escaleras, envolviéndolo todo en humo espesísimo que nos asfixiaba.

"La poblacion del hotel podria llegar á mil personas, y como si todas no hubieran tenido más que un solo acento, se elevó un espantoso alarido, que fué como el grito de lucha con la muerte.

"La densidad del humo apagó el gas, no partiéndose aquella tiniebla sino por una que otra ráfaga de llama que

atravesaba zumbando y arrollando cuanto encontraba á su paso, descubriendo hombres, mujeres, niños y ancianos, corriendo sin objeto y cayendo y levantándose de nuevo entre las llamas, en espantosa confusion.

“Muchos de los habitantes de los pisos primero y segundo, se salvaron sin dificultad, saltando medio desnudos en el fuego. Pero desde el tercer piso, las hileras de cuartos estaban totalmente interceptadas, y no quedaba más medio de salvacion que las ventanas que daban á la calle.

“Aunque la llegada de los bomberos fué instantes despues que estalló el incendio, éste hizo rapidísimos progresos; las corrientes de fuego se precipitaban de uno en otro piso, como cataratas inmensas; corrían, trepaban á las alturas, enlazaban artesones y cornisas, y como que se despeñaban con ellas al abismo, envolviendo siempre algunas víctimas.

“Entónces, al espanto sucedió la demencia: muchos se lanzaban á la ventura en aquel mar inmenso de revueltas llamas, y sus cuerpos, achicharrados, quedaban balanceándose de alguna barra de fierro, en actitudes diabólicas.

“Los otros, para abreviar su agonía, se arrojaban de los pisos superiores á matarse: algunos quedaron con restos de vida, pero despedazándose y nadando en lagos de sangre.

“Pero la generalidad se precipitó á las ventanas, esperando auxilio de fuera, envueltos en humo, entre ráfagas de llama: se presentaban escenas horribles.

“Dos esposos jóvenes, estrechándose y pidiendo socorro . . . una madre cubriendo á sus hijos con su cuerpo . . . un anciano con las manos levantadas al cielo

“El caer fracciones de muro, los gritos, los ayes de los moribundos, los alaridos de las madres, el llorar de los niños,

la súplica, la blasfemia, todo lo que tiene el dolor de más desgarrador, imperaba allí.

“Los bomberos ponían sus escalas, pero eran insuficientes; unos se colgaban y se estrellaban el cráneo; los otros arrojaban cordeles, que no llegaban, ó si llegaban, se emprendían descensos riesgosísimos de los que sin embargo salvaron algunos.

“La distinguida actriz Katty-Clarton, que ya habia salvado de otros atroces incendios, tuvo bastante sangre fria, ántes que se hubieran destruido las escaleras, para empapar en agua varias toallas y sábanas, envolverse en ellas, precipitarse en las llamas, correr, rodar y llegar á la calle ardiendo y maltratada, pero sin lesion alguna.

“Otro individuo desgarró las sábanas, hizo con ellas fuertes cuerdas; se descolgó por aquellas alturas de cuarenta varas; pero tocó la extremidad de sus cuerdas . . . y aun estaba como á sesenta piés sobre el abismo . . . hizo esfuerzos inauditos, no habia modo de ascender, el hilo que le sostenia comenzaba á quemarse, sus brazos se rendían; convulso y retorciéndose al cabo de la cuerda, se persuadió sin duda de su muerte inevitable . . . hizo un esfuerzo supremo, despues echó hácia atrás la cabeza con gesto horrible . . . y se soltó, despedazándose sobre las piedras . . .

“El dia que lucia en los cielos no se atrevió á penetrar en aquel teatro de horrores, donde, de entre montones de escombros y cenizas, estuvieron extrayendo varios dias multitud de cadáveres.”

Formalizóse al fin la partida de Alcalde, de mi compañero, de uno de los que había tenido para conmigo las finezas de amigo, la ternura de hijo y la abnegación de favorecedor. Una comisión nuestra, que para él era costoso sacrificio, le urgió á tocar en la Habana pasando después á México.

Lancaster, como siempre que lo asalta el *spleen*, se encerró en su cuarto; Gomez del Palacio y yo acompañamos á nuestro amigo al vapor, que salía á las ocho de la noche.

Nosotros tres íbamos con frecuencia á la *Levée*, es decir, á aquel mismo lugar á recibir ó despedirnos de nuestros amigos de México.

Esa noche el muelle estaba silencioso, los navíos parecían dormidos sobre las aguas; del lado opuesto del río se veían los farolillos de algunas embarcaciones y se oían los cantos lejanos de los marineros despiertos.

Al principio, la conversación era animada; después, había grandes ratos de silencio; los marineros acomodaban los equipajes; en las sombras había grupos de viajeros, de cuyos grupos salían sollozos y palabras entrecortadas.

Al fin se dió el primer toque de marcha: subimos sobre cubierta con Alcalde y le dejamos instalado.

A poco, el vapor comenzó á andar y nosotros le vimos perderse, volviéndonos en silencio profundo á nuestra habitación.

A los pocos días de la partida de Alcalde, se anunció nuestra marcha para Nueva-York; pero dando un ligero rodeo para ver el Niágara.

De contadas personas tuve que despedirme en Orleans;

pero esas personas son inolvidables para mí, y tienen lugar privilegiado en mi cariño.

La familia Townsed me dió cartas expresivas para Nueva-York y mostró profundo sentimiento por mi partida.

A Quintero le sorprendí acabado de levantar. Estaban sus roperos abiertos, sus útiles de aseo de fatiga, el libro acabado de cerrar sobre del *buró*, y él escurriendo agua.

—Chico . . . quédate conmigo, fueron sus primeras palabras: adivinaba el triste objeto de mi visita.

—Ya sabes que no es posible.

—Mira: te dejo para tí solo estas dos piezas. Ahora, ven por aquí:—abrió uno de los cajones de su ropero.—Este plico que ves aquí (mostrándome dinero), no me sirve para maldita la cosa; yo te formaré una mesadilla para que no necesites de nadie: te paseas, escribes, y cuando quieras, me llamas y paseamos, y de cuando en cuando me lees esos tus versos, que ya ves cómo me encantan . . .

Ya se supondrá cuánto me habían conmovido aquellas palabras tan llenas de generosidad y de ternura.

En la casa de Federico Miranda se hizo el duelo de familia, se suspendieron los trabajos en cuanto se formalizó mi partida; Julia, adorable de bondad y señorío, llevaba á sus niños á la iglesia á que rogasen á Dios por su amigo *Fidel*.

Las señoras hablaban á sus conocimientos de mi ausencia, como de la pérdida de un hermano querido: querían que todos participaran de su duelo.

La niña enferma mostró deseos vivísimos de que le leyera algunos de mis versos; yo la complací: reuniéronse en su casa varios habaneros amigos, y en plena tertulia, dí lec-

tura á la siguiente leyenda, que vió la luz en casa de Mad. Belloc, y que he elegido para que cierre mis recuerdos de Orleans:

A JULIA IGLESIAS.

LAS DOS VIRGENES.

—♦♦♦—
 ¿Qué son esos acentos que atraviesan
 Sombras de fresnos, toldos de ramajes
 Que al aire dan las orlas que columpian
 Al ténue aliento de las brisas suaves?

—
 ¿Por qué en torrentes brota la armonía
 Y se tiende en dulcísimos cantares,
 Entre los bosques de arrayan y rosas
 Que perfuman las alas de los aires ?

—
 Es el festin : con débiles reflejos
 El sol baña la frente de la tarde,
 Y en el verjel que en competencia adornan
 Rica naturaleza y hábil arte,

—
 Opulento banquero, le da suelta
 A sus instintos de amoroso padre,
 Y celebra de su hija el natalicio,
 La flor de la beldad y los magnates.

—
 Era Lilia una niña, muy más bella
 Que de Murillo y de Rafael los ángeles,
 Pálido el rostro, de ébano el cabello;
 Y el mirar tierno de sus ojos grandes,

—
 Amor inmenso al alma revelaban
 De su luz deslumbrados al cerrarse:
 En su inocencia el corazon dormia,
 Sin temor al vaiven de los pesares,

—
 Como en espejo de apacible lago
 De esbelta palma la gentil imágen;
 Y algo de melancólico velaba
 Con vuelo incierto el mágico semblante,

—
 Como el sol cuando filtra sus destellos
 En las ramas profusas de los sauces,
 O como oculta tórtola á la luna
 Alza en los bosques sus dolientes ayes

—
 Niña inocente, que en los cielos sueña
 Y que de amor su corazon no sabe;
 Como fuente que pinta las estrellas
 Al correr limpia en el tendido cauce.

—
 Y nació bella del banquero avaro,
 Como flor de marfil del fango nace,
 O cual llama fosfórica que brota
 De los restos humanos en la cárcel